

El rol del amor en la conformación de familias. Más acá y más allá de la familia nuclear heterosexual en el capitalismo postindustrial

Danila Borro es Licenciada en Sociología (FSOC-UBA), Becaria Doctoral (CONICET), y Docente de Metodología (FSOC-UBA) y de Estadística (USAL). Sus temas de investigación versan sobre los vínculos entre trabajo productivo, reproductivo y tiempo de ocio, métodos cuantitativos y cualitativos, y la perspectiva interseccional género/raza/clase.

Las generaciones anteriores pensaban y esperaban que primero conseguirían libertad e igualdad entre hombres y mujeres y, una vez logrado esto, el amor desplegaría todo su brillo, añoranza y placer. Amor y desigualdad se excluyen como el fuego y el agua. Pero nosotros, que por primera vez tenemos trocitos de igualdad y de libertad en las manos, nos encontramos con la contrapregunta: ¿qué posibilidad tienen dos seres humanos, que quieren ser iguales y libres, de mantener la unión del amor? Entre las ruinas de formas de vida ya no válidas, la libertad significa salida, proyecto nuevo, seguir la propia melodía que se aparta del paso acompasado.

Ulrich Beck y Elizabeth Gernsheim

Si no hay amor, que no haya nada entonces
Los fundamentalistas del aire acondicionado

Resumen

En este artículo se parte de una serie de interrogantes sobre el rol que juega el amor en la constitución de distintos tipos de familia en las sociedades occidentales de la modernidad tardía, y sobre la combinación del amor, la clase social y el género en los vínculos de pareja, para preguntarse luego, y de manera central, qué modelos de organización social pueden resultar como alternativas a la familia nuclear heterosexual. Para ello, primeramente se recorren las conceptualizaciones de diversos autores sobre la constitución de los lazos amorosos entre parejas, pasando por la Europa de los siglos XVII a XIX hasta los contrastes entre el centro y la periferia en la modernidad tardía y, segundamente, se atiende a las luces y sombras que los modelos distintos de la familia nuclear heterosexual puedan presentar en la actualidad. Se concluye reflexionando sobre algunas formas de organización de los vínculos entre las personas que permitan poner en primer plano el amor, la interdependencia y los cuidados.

Palabras clave

amor - familia - género - clase social - trabajo reproductivo

The role of love in family formation. Before and beyond the nuclear heterosexual family in postindustrial capitalsim

Abstract

This article starts from a series of questions about the role that love plays in the constitution of different types of family in Western societies of late modernity, and about the combination of love, social class and gender in couple relationships, to ask then, and centrally, which models of social organization can result as alternatives to the heterosexual nuclear family. To do this, firstly, the conceptualizations of various authors on the constitution of loving bonds between couples are reviewed, going from the 17th to 19th centuries European cultures to the contrasts between the center and the periphery in late modernity and, secondly, it focuses on the lights and shadows that different models of the heterosexual nuclear family may present today. It concludes by reflecting on some forms of organization of relationships that allow love, interdependence and care to be brought to the fore.

Key words

love - family - gender - social class - reproductive work

Introducción

Si se entienden los lazos familiares desde una perspectiva que enfoca únicamente en el amor, el compañerismo, el matrimonio, la xaternidad¹ y la sexualidad, se corre el riesgo de perder de vista que las relaciones que se desenvuelven en el interior de las familias se encuentran moldeadas —como cualquier otra relación social— por las instituciones presentes en los distintos contextos socio-históricos. En ese sentido, las desigualdades de género y de clase social, expresadas en distintas participaciones del trabajo productivo y reproductivo, del ocio, de la vida social y política, juegan un papel fundamental a la hora de analizar las diversas configuraciones que pueden adoptar las familias.

¹Uso el término xaternidad como genérico de las relaciones de filiación, es decir, uniendo en un mismo término maternidad, paternidad y otras formas de esta relación que no se identifican con modelos femeninos ni masculinos de cuidados.

Algunes autores coinciden en señalar que durante las últimas cinco décadas se puede apreciar un abandono del modelo tradicional, según el cual el matrimonio para toda la vida, la conformación de una familia nuclear y la dedicación al trabajo constituyen pilares fundamentales de las trayectorias de vida de las personas en la modernidad (Beck y Gernsheim, 2001; hooks, 2021, citada en Fraga, 2022; Illouz, 2012). En su lugar, familias monoxarentales, ensambladas, con un padre que se ocupa del trabajo reproductivo, binacionales y globales comienzan a formar una proporción mayor.

Si bien podría reconocerse esta observación como acertada, resulta conveniente advertir, desde estas primeras líneas, algunos matices que sugieren que este modelo de familia no fue ni es tan universal como se supone. Por un lado, en cuanto a la generalidad de este modelo en el pasado, cabe advertir que las desigualdades de género y de clase social se encuentran íntimamente implicadas en las posibilidades de elegir caminos familiares alternativos. Dentro de los feminismos negros se ha señalado, desde la década de 1980, que las mujeres negras y de clase trabajadora no han contado nunca con el privilegio de poder seleccionar si participan del trabajo productivo, reproductivo o de ambos (Carneiro, 2003; Davis, 2005). Es decir que el modelo tradicional que ubica al varón en la esfera productiva —siendo el principal encargado de proveer de recursos materiales al hogar— y a la mujer, en la reproductiva —con la justificación biologicista de su rol natural como cuidadora física y emocional de niños y adultos— (Beck y Gernsheim, 2001; Dalla Costa y James, 1975; Fraser, 2016; Illouz, 2012, 2020), nunca fue realmente general, sino una peculiaridad de las personas heterosexuales, blancas, occidentales y pertenecientes a las clases no trabajadoras. Por otro lado, estas perspectivas sobre la renovación del modelo familiar predominante pecan de ser universalistas y eurocentradas². En numerosas culturas no occidentales y no pertenecientes al norte global dicho modelo permanece vigente, sin miras de ser cuestionado en la actualidad.

Hechas estas aclaraciones, vale comenzar por algunos de los interrogantes que guiarán el presente artículo. ¿Qué rol juega el amor en la constitución de distintos tipos de familia en las sociedades occidentales de la modernidad tardía? ¿Cómo se conjuga el amor con la clase social y el género de las personas protagonistas de los vínculos? ¿Es posible hablar de amor cuando no hay igualdad? En otras palabras, ¿puede haber amor en familias nucleares heterosexuales y/o heterógamas³? Asimismo, teniendo en cuenta los modelos alternativos de familias ya mencionados que comienzan a tener mayor prevalencia, podemos preguntarnos ¿qué alternativas de familia pueden resultar más igualitarias que la nuclear heterosexual? ¿Qué luces y sombras pueden presentar esos distintos arreglos, tomen el nombre de familia o bien otros nuevos, a construir?

²Como les propias Beck y Gernsheim (2012) señalan sobre su análisis de años anteriores.

³La condición de homo u heterogamia de una pareja está dada por la posición de clase de las personas que la conforman. Si ambas pertenecen a la misma clase social, la pareja es homógama. Si la mujer se encuentra en una posición más privilegiada que el varón —siendo las dos personas cis heterosexuales—, la pareja es heterógama no tradicional. Y en la situación opuesta, se trata de una heterogamia tradicional (Gómez Rojas, 2009).

Amar en tiempos pre-modernos

Las relaciones de pareja y familiares no se encuentran aisladas de los contextos socio-históricos en los que se inscriben. Su configuración, es decir, el conjunto de roles que adoptarán sus miembros, no es azaroso sino que depende de las normas, constricciones y posibilidades que ofrece el capitalismo en sus distintas etapas (Beck y Gernsheim, 2001, 2012; Illouz, 2012, 2020).

Durante los siglos XVII a XIX, el modo de cortejo de algunos países europeos reflejaba la existencia de ciertos mecanismos sociales que regulaban la interacción emocional entre varones y mujeres según una serie de ritos y roles públicos (Illouz, 2012). Entre ellos, se contaba con la existencia de redes sociales que contenían y enmarcaban al yo, compuestas por un conjunto de personas cercanas que, además, participaban también en la evaluación de la posible pareja. Asimismo, se encontraba establecido un conjunto de criterios objetivos para la elección de la persona amada, como el hecho de que se presentara como buena candidata para ocupar los roles sociales esperados según su género, que tuviera una buena reputación o que mostrara una congruencia entre los dichos y los actos. Por otra parte, el nivel socio-económico cobraba también gran importancia a la hora de seleccionar pareja, siendo uno de los ordenadores clave: el pertenecer al mismo estrato era condición previa para contraer matrimonio, por lo cual el casamiento no funcionaba como forma de ascenso o de descenso de clase social.

Es decir que los criterios para seleccionar una pareja con la cual formar un proyecto familiar y de vida no dependían de los sentimientos personales, sino de normas y condiciones conocidas por toda la comunidad. Las emociones no precedían a la formación de vínculos, como sucede en las relaciones amorosas enmarcadas en el presente, sino más bien lo contrario: surgían posteriormente, por medio de una serie de ritos que guiaban su performatividad. Con todo lo dicho, podemos afirmar que el yo se encontraba en una situación menos vulnerable a la mirada y a la crítica ajenas en los tiempos de los vínculos pre-modernos, en comparación con etapas posteriores del capitalismo, como veremos algunas líneas más adelante.

A su vez, cabe señalar que los roles que cada persona adoptaba una vez conformados y asentados los vínculos amorosos también se encontraban configurados por guiones para la acción claros y preestablecidos. Éstos fueron requeridos y generados por las propias transformaciones capitalistas (Illouz, 2012). Si bien anteriormente al siglo XIX el trabajo productivo se llevaba a cabo en el espacio del hogar, produciéndose un solapamiento entre el trabajo para la producción y para el consumo familiar, con el advenimiento del capitalismo industrial comenzaron a separarse las esferas doméstica y de la producción. El hogar, entendido hasta entonces como *locus* de la vivienda familiar, fue paulatinamente separándose del taller o de la fábrica,

entendidos como *locus* de trabajo (Aguilar, 2014; de Oliveira y Ariza, 1999). A su vez, a cada uno de estos espacios se le atribuyeron características económicas, morales y políticas, y se delimitaron las actividades que se realizan en uno y otro, determinando una tajante separación entre “la vida” y “el trabajo”, o lo privado y lo público.

Con esta separación también fueron delinéandose tareas concretas y específicas para cada género, resultando en la división sexual del trabajo tradicional, según la cual, como ya se ha mencionado, el rol del varón es el de ser el proveedor económico de la familia —trabajando para ello por un salario— mientras que el rol de la mujer es el de sostener el trabajo doméstico y de cuidados en los hogares —de manera no paga— (Aguilar, 2014; Beck y Gernsheim, 2012; Illouz, 2020; de Oliveira y Ariza, 1999). De esta manera, la industrialización y la mercantilización se encuentran sostenidas por los roles de género tradicionales. El hecho de que el varón pueda estar a disposición para trabajar en el mercado laboral presupone que la mujer se quedará en el hogar atendiendo el trabajo doméstico. En otras palabras, la sociedad industrial se basa en las desigualdades de género entre las personas heterosexuales (Beck y Gernsheim, 2001).

Amar en tiempos post-industriales

Con el surgimiento del capitalismo de mercado, se produjo una transformación en las relaciones amorosas heterosexuales, a partir de la cual la selección de pareja comenzó a involucrar largas negociaciones, profundos procesos de introspección y complejas evaluaciones sobre una multiplicidad de candidates inabarcable, en un mercado del amor abierto (Illouz, 2012). Los criterios que hasta unas cinco décadas atrás eran objetivos y conocidos por todo el mundo pasaron a ser subjetivos e individuales, primando la atracción física, la performance sexual y una serie de constructos psicológicos y emocionales que rodean a los vínculos. Por un lado, el atractivo sexual y la sensualidad han cobrado una importancia propia, separada de la moral. Por otro lado, la compatibilidad en términos emocionales supone que deben congeniar dos configuraciones psicológicas diferenciadas y complejas.

Otra particularidad del mercado matrimonial moderno que reconoce Illouz (2012) es que la clase, la raza y la religión ya no representan una barrera a la hora de formar una pareja. Según la autora, previamente a la modernidad las compatibilidades se daban al interior de un mismo grupo social, mientras que hoy en día se pueden ofrecer algunos atributos en el mercado amoroso, a cambio de otros. Sin embargo, considero que convendría matizar esta afirmación a la luz de lo que efectivamente sucede en la conformación de parejas. Si bien es cierto que formalmente no existen impedimentos para que dos personas de distintas clases sociales puedan unirse, numerosos estudios empíricos sugieren que, en la práctica, suele predominar la homogamia, es

decir, la tendencia a contraer matrimonio con personas del mismo estrato social⁴ (Gómez Rojas, 2009). Este efecto es recurrente: por un lado, existen más probabilidades de encontrarse con personas que circulan en espacios similares y que cuentan con un *habitus* similar⁵, y, por el otro, la homogamia también opera como mecanismo de reproducción de las relaciones de clase social.

Asimismo, con el desarrollo de la modernidad tardía comenzó a verse amenazado el modelo de la familia nuclear heterosexual (Beck y Gernsheim, 2001). Los individuos que atraviesan el mundo de vida destradicionalizado de este periodo perciben a la familia y a la vida familiar como estructuras atrapantes, rígidas y que atentan contra su libertad personal, por lo cual luchan contra esas formas que les impiden continuar desarrollando nuevos capítulos de su yo. Los viejos modelos, normas y controles externos se vuelven obsoletos, las seguridades tradicionales caen y los individuos quedan a su merced, siendo protagonistas y decisores de cada paso de su vida (Beck y Gernsheim, 2001; Illouz, 2012, 2020). Como resultado de este proceso, que Beck y Gernsheim (2001) identifican como individualización, lo que se conocía hasta entonces como familia, matrimonio, paternidad, sexualidad, erotismo y amor dejan de tener una forma y una definición absolutas y comienzan a ser definidos, negociados y fundamentados minuciosamente por los miembros de cada vínculo en particular.

No obstante, estas negociaciones no son realizadas por pares en igualdad de condiciones, sino que detrás del ideal del amor romántico se esconde una de las principales causas de las inequidades entre varones y mujeres, en tanto ellas no suelen ser las que definen los términos de los vínculos y además se las obliga a aceptar su sumisión. Es justamente en las relaciones amorosas donde las personas ponen en acto las distintas identidades que se corresponden con su género, en tanto las maneras de vincularse en el marco de la pareja se encuentran guiadas por los roles de género. Relacionarse dentro de un marco heterosexual supone que cada persona performará ciertas tareas, ciertas actividades y se guiará por determinados estereotipos, “haciendo” y “deshaciendo” el género (Goldberg, 2013). Y es entonces en los vínculos de pareja donde se profundizan y se reproducen las jerarquías y las desigualdades de género, debido a que los sentimientos amorosos sostienen y son sostenidos por diferencias de poder políticas y económicas⁶. De esta manera, parecen tomar forma algunos

⁴Cabe aclarar, además, que en los casos de heterogamia suele predominar la no tradicional por sobre la tradicional, es decir, los casos en los que la mujer supera en clase social al varón, y no a la inversa.

⁵Lo cual genera en los amantes la ilusión de que “están hechos el uno para el otro” cuando, más bien, es que sus *habitus* de origen coinciden.

⁶Solamente tomando dos ejemplos entre muchos posibles: por un lado, Illouz (2020) trae a colación el caso de la industria de la pornografía. Mientras que el objeto de consumo explotado es el cuerpo sexualizado de las mujeres, los dueños de esas industrias —y, por ende, quienes se apropian del capital producido— suelen ser varones. Por otro lado, Jeffreys (2009) advierte que la explotación de los cuerpos de mujeres cis migrantes por parte de varones cis de países centrales representa una forma de colonialismo sexual.

de los interrogantes iniciales, teniendo en cuenta que “el amor romántico no sólo ocultaría la segregación de clase y de sexo, sino que la posibilitaría” (Illouz, 2012, p.14).

En ese sentido, me gustaría advertir en este punto que los conflictos entre las parejas, que en apariencia son personales y domésticos, tienen en realidad un carácter social (Beck y Gernsheim, 2001, 2012; Illouz, 2012, 2020). Lo que es interpretado como un problema a tratar al interior de cada unidad familiar —por ejemplo, quién lava los platos, quién paga los servicios, quién se encarga del cuidado de niños y de mayores—, en realidad no puede ser resuelto de esa manera. Los procesos de modernización cargan el trabajo de autorresponsabilidad y autodeterminación sobre los individuos, que no cuentan con las condiciones externas ni con las instituciones que provean el apoyo necesario para ello (Beck y Gernsheim, 2001). Si bien en términos formales las personas han sido liberadas de los roles de género tradicionales, y de las certidumbres y normas claras de la sociedad industrial a la hora de navegar en el mundo del amor de pareja, deben constituirse a sí mismas en soledad. Además, lo hacen bajo la amenaza de perjuicios materiales y de tener que poner en riesgo sus relaciones familiares y amorosas.

Como ya hemos mencionado, el modelo de la familia nuclear heterosexual propio del capitalismo industrial no continúa siendo sostenido por la mayoría de las unidades familiares occidentales hoy en día. Ya sea por motivos económicos —es decir, por la imposibilidad de mantener un hogar con un solo ingreso— o socio-políticos —entre ellos, una paulatina emancipación de las mujeres y un aumento en la importancia de la esfera laboral en sus trayectorias individuales—, se ven claras diferencias con lo que sucedía décadas atrás. Sin embargo, la mayor participación de las mujeres en el mercado laboral no ha sido acompañada de una democratización en el trabajo reproductivo, sino que ellas siguen siendo quienes realizan la mayor parte del mismo (Beck y Gernsheim, 2001; Federici, 2013; de Oliveira y Ariza, 1999; Rodríguez Enriquez, 2014). De esta manera, desde los estudios feministas fue acuñado el concepto de doble jornada laboral, para dar cuenta de que las mujeres trabajan una mayor cantidad de tiempo que los hombres, tanto dentro como fuera de sus hogares, tanto por una paga como de manera no remunerada.

Teniendo esto presente es que podemos coincidir con lo ya mencionado, es decir, que la solución para este conflicto no parece ser alcanzable de manera privada, en tanto los varones, en términos generales, no se encuentran compenetrados en alcanzar una distribución de las tareas del hogar más equitativa (Gómez Rojas, Borro y Jasín, 2022; Gómez Rojas, 2009; Rodríguez Enriquez, 2014). Pero, a su vez, esto tampoco puede ser resuelto institucionalmente, ya que en la mayoría de los países occidentales no existen alternativas asequibles y públicas para desfamiliarizar el trabajo reproductivo⁷. En otras palabras, lo que se percibe como un fracaso

⁷Desfamiliarizar el trabajo reproductivo implica transferir la provisión de recursos de bienestar desde las familias hacia el Estado, el mercado o las organizaciones comunitarias. La familiarización de los cuidados supone lo opuesto, es decir, que las familias son las que resuelven esta demanda de trabajo de manera privada (Esping-Andersen, 2000).

individual, o, mejor dicho, de la pareja, es en realidad el fracaso del modelo familiar nuclear heterosexual del capitalismo industrial, el cual, hasta ahora, no está pudiendo ser sustituido por un modelo que combine dos trayectorias laborales extra-domésticas sin generar conflictos entre las partes (Beck y Gernsheim, 2001).

Más allá de la familia nuclear

Las nuevas formas en las que se desarrolla el capitalismo post industrial han acarreado consigo la caída de “la familia como estructura mediadora entre la economía y la sociedad” (Illouz, 2020, p.40). Si bien anteriormente el sistema capitalista se valió de la familia nuclear heterosexual como institución garantizada para reproducir la fuerza de trabajo —tanto actual como futura, es decir, proveyendo los cuidados necesarios para el sostenimiento de la vida de adultos y niños—, en el presente prevalece una crisis de los cuidados⁸ que implica que la demanda de las personas de recibir cuidados ya no puede ser alcanzada dentro de las paredes de los hogares (Fraser, 2016). Esto acontece debido a que el capitalismo dispersivo ha dejado de depender de los viejos pilares de la familia y de la fábrica para la reproducción biológica y económica de las personas, siendo el individuo el lugar privilegiado de formación del yo (Illouz, 2020).

A su vez, esta crisis es, en buena parte, alimentada por la proliferación de relaciones negativas. Cuando en una relación están involucrados actos de elección negativa, podemos decir que se trata de una relación de este tipo. Ello implica que existen una o varias formas de rechazo, evitación, abandono de compromisos y una salida temprana de los vínculos, en pos de valores de libertad y de realización del yo (Illouz, 2020). En ese sentido, los individuos de la posmodernidad suelen encontrarse embarcados en prácticas y decisiones —más o menos conscientes— que dificultan la creación de relaciones estables y de procrear, así como también se observa un incremento de la cantidad de hogares unipersonales (Beck y Gernsheim, 2012; Illouz, 2020). Asimismo, la aceleración social en la modernidad tardía provoca un aumento en la velocidad de los cambios individuales y sociales, lo cual aleja a las personas de los anteriores modelos de trayectorias vitales con un significado que les otorga sentido, sino que más bien se mueven en caminos que parecen no tener dirección, constituyendo, de esta manera, lazos amorosos efímeros (Rosa, 2016). Parece ser claro entonces que la conjunción de todos estos factores dificulta que la crisis de los cuidados pueda ser resuelta por la vía familiar (Lewis, 2023).

Asimismo, los procesos de individualización y el mundo globalizado han posibilitado que surjan otros tipos de familias. Entre ellas podemos contar las familias globales, que no conviven en el mismo hogar y, muchas veces, tampoco comparten el mismo país y/o la misma cultura de procedencia (Beck y Gernsheim, 2012). Estos

⁸En este punto me refiero a la crisis de los cuidados en términos de (des)familiarización, es decir, de la realización de los cuidados por medio de las familias, de manera privada. La crisis de los cuidados en el capitalismo contemporáneo abarca también las esferas estatal, comunitaria y mercantil, pero no constituyen el eje del presente trabajo (Esping-Andersen, 2000; Fraser, 2016).

modelos familiares se oponen a la tradicionalmente conocida familia nacional, en la cual las personas viven bajo el mismo techo, tienen la misma nacionalidad y los mismos orígenes culturales. Ambas pueden ser diferenciadas por el rol de la familia y de las redes familiares como sostén y apoyo económico, emocional y de asistencia en momentos de necesidad, de la siguiente manera. Mientras que en las familias globales estas redes son claves, funcionan como conectores con las raíces culturales y facilitan la solidaridad y la confianza más allá de los límites de los Estados-nación, en las familias nacionales los vínculos de parentesco se encuentran debilitados y cada vez tienen menos importancia en la vida de las personas⁹. Hecha esta distinción, cabe advertir que tanto las familias globales como las nacionales

son, desde el punto de vista de la sociología, conceptos-tipo ideales. En cambio las uniones familiares que encontramos en la realidad no suelen ser unívocas y enteramente clasificables en uno o en otro tipo. Sus perfiles son difusos, forman zonas de transición, se transforman y están en movimiento, a veces les corresponde un comportamiento, otras otro, dependiendo de los acontecimientos vitales, de las etapas biográficas, de los azares de la vida y, no en último lugar (lo cual se mostrará en los siguientes capítulos), de las condiciones que definen el marco social: poder, política, legislación, estereotipos sobre extranjeros, etc. (Beck y Gernsheim, 2012, pp. 24-25).

Es decir que las familias globales —sean formadas voluntariamente o no— abren la puerta para pensar en otros tipos de familia que los conocidos hasta ahora, y que, a diferencia de los modelos individualizados, son colectivas. Sin embargo, cabe hacernos algunas preguntas más. Si bien habilitan la posibilidad de establecer vínculos cercanos con personas de confianza, de manera no tradicional, ¿hasta qué punto pueden considerarse igualitarias estas relaciones? Si las familias globales están compuestas por varones y mujeres heterosexuales de distintos orígenes socio-económicos que se encuentran desde sus diferencias, ¿de qué forma estas diferencias se transforman en desigualdades? En el campo empírico, se han observado distintas respuestas a estos interrogantes. La migración femenina ha sido tanto un motivo de mayor sumisión para algunas mujeres —por ejemplo, aquellas que migran de países europeos a países no occidentales con arreglos culturales patriarcales mucho más profundos (Beck y Gernsheim, 2012)—, como de empoderamiento para otras —aquellas que ascienden de estrato socio-económico y pueden enviar dinero a través de cadenas transnacionales de cuidados (Beck y Gernsheim, 2012; Hochschild, 2008)—. A pesar de estas luces y sombras, considero que lo más interesante que aportan las familias globales es que permiten empezar a poner en cuestión algunos supuestos básicos sobre las familias, naturalizados y cristalizados durante muchas décadas como parte de un único camino posible.

⁹Sobre todo, como ya se ha mencionado, en las culturas occidentales de los países centrales.

Autonomía y sexualidad ¿libre?

Por otro lado, a partir de los años '70 las personas han comenzado a vincularse sexo-afectivamente de manera más casual que en el pasado. Los encuentros efímeros, los vínculos de corta duración y las relaciones puramente sexuales, con el menor involucramiento emocional posible, son cada vez más frecuentes. A diferencia con lo que ocurría en épocas anteriores, en las cuales —como ya se ha mencionado— los marcos para la interacción entre dos personas heterosexuales eran claros y conocidos por todos, con el correr de los años las relaciones se han vuelto más inciertas, careciendo de normas, roles y guiones precisos (Beck y Gernsheim, 2001; Illouz, 2012, 2020). Esto surgió como resultado de demandas socio-políticas para romper con los mandatos y los tabúes religiosos que caían sobre la sexualidad, y fue rápidamente asociado con valores como la autonomía, la autenticidad y la autoafirmación, siendo un espacio en el cual las personas podrían actuar libremente, fuera del control de los grupos de socialización. Así, el sexo casual comenzó a ser pensado como una expresión de la libertad individual (Illouz, 2020).

Sin embargo, esta libertad no parece desarrollarse en los mismos términos para todos los individuos, sino que el género y la clase social se conjugan para configurar escenarios de desigualdad. Por un lado, la sexualidad masculina se encuentra asociada a la acumulación de experiencias, el desapego y la autonomía. La igualdad entre mujeres y varones se ha ido construyendo según el parámetro masculino, entendida como equiparación de ellas con respecto al modo de ser de ellos. De esta manera, una sexualidad libre es aquella que es desapegada, autónoma y que supone una multiplicidad de compañeros sexuales. Pero, por otro lado, los estudios empíricos suelen advertir que las mujeres oscilan entre el deseo de autonomía y el de compañía, o, en otras palabras, entre el desapego en las relaciones y la necesidad de construir un vínculo emocional con el otro. Es así que el sexo casual es moneda de cambio para que los hombres acumulen estatus y capital sexual y social, mientras que para las mujeres representa una realidad conflictiva que opone el poder sexual con el social. Es decir que, si bien este tipo de vínculo es una vía para “escenificar los tropos principales de la masculinidad: el poder, el desapego, la autonomía y la instrumentalización orientada a satisfacer el placer individual” (Illouz, 2020, p.130), la identidad social de las mujeres, alimentada en buena parte por la importancia de la relacionalidad y su rol como principales encargadas de los trabajos de cuidados, no puede ser performada de esta manera.

Si, además, tenemos en cuenta el gran número de interacciones sociales que hoy en día habilita la tecnología¹⁰ y la prevalencia de la cultura de consumo que avala las relaciones hedonistas y efímeras, entenderemos de qué

¹⁰Me refiero a la masificación en el uso de aplicaciones y plataformas de citas. Para más, ver Illouz (2020).

manera el sexo casual repercute sobre las formas de relación entre los géneros, profundizando la incertidumbre que caracteriza a las relaciones negativas y agudizando las desigualdades entre varones y mujeres heterosexuales.

Sexualidad, consumo y ocio

Las estrategias que los actores adoptan para navegar dentro del mar de las relaciones negativas, llenas de incertidumbre, no son universales. Si bien estas relaciones presentan ciertos rasgos en común, como ser valoradas positivamente por su transitoriedad y efimeridad, incluir lógicas económicas y tecnológicas y ser abordadas a pesar de incluir pérdida y dolor, los modos de atravesarlas, los deseos invertidos en ellas y las maneras de percibirlas difieren según el género y la clase social de las personas involucradas (Illouz, 2020). En este sentido, juega un papel fundamental el entrelazamiento entre la libertad sexual y la esfera económica. El sexo casual puede ser entendido como una yuxtaposición de una nueva moralidad y del ocio comercializado en el capitalismo de mercado. Además de la supuesta libertad y autonomía que trae aparejadas, está estructurado en un marco temporal, es transitorio, supone cierto nivel de anonimato y se eliminan la reciprocidad, el apego y el establecimiento de los vínculos. Estas características, unidas a la masiva oferta de personas para vincularse que ofrecen la conjunción de la tecnología y la nueva moralidad, vuelven a los actores abstractos e intercambiables.

De esta manera, el orgasmo funciona como moneda de cambio y las personas se transforman en mercancías que toman su valor de él (Illouz, 2020). El género de estas mercancías es determinante, en tanto, como ya se ha dicho, el poder sexual es capitalizado en mayor medida por los varones que por las mujeres. A su vez, la intercambiabilidad de las personas provoca una devaluación, obstaculizando la singularización que es necesaria para poder elegir a alguien y comprometerse con él. El reconocimiento, entonces, pasa a un segundo plano, en tanto requiere que se identifique a una persona en su completitud —y no de manera escindida entre el cuerpo y el yo, como la sexualización supone—. En su lugar, prima la evaluación, que suele desembocar en una no-elección antes que en una elección, dado que la evaluación se encuentra acompañada de criterios que habilitan o no el rechazo. Este impedimento de obtener reconocimiento por parte de otros provoca una incertidumbre ontológica en relación con el valor, la estima y la naturaleza del yo. Y es allí donde las mujeres tienen más para perder aún: la sexualización se vivencia como empoderamiento a la vez que como cosificación, y la valoración del yo femenino según el atractivo y el desempeño sexual, en detrimento de la emocionalidad y la relacionalidad, amenaza contra su autoestima.

Por otro lado, la sexualidad se ha convertido en un espacio de creatividad para explorar y realizar el yo, como parte de diversas escenas de consumo. Las relaciones sexuales y románticas comenzaron, poco a poco, a formar

parte de la esfera del consumo para el ocio. Sobran ejemplos de cómo fue instrumentalizada la liberación sexual para favorecer la adquisición de artículos de consumo que sirven para embellecer, para aumentar el atractivo erótico y así empoderar a las personas —sobre todo, a las mujeres—. Asimismo, el matrimonio heterosexual, antes entendido en términos de compañerismo, se transformó en una plataforma para compartir el ocio (Illouz, 2020). Es insoslayable entonces que las desigualdades de clase social cumplen aquí una función clave, en tanto permiten acceder a distintos niveles de consumo y estructuran el *habitus* y el gusto de las personas.

No obstante, más allá de las desigualdades de género y de clase social que ubican a las personas en posiciones diferentes —tanto en términos de consumidores como de objetos consumidos—, el refinamiento del gusto lleva a que las relaciones amorosas actuales, atravesadas por el consumo, presenten un carácter de descartabilidad extra, aún cuando llegan a buen puerto y logran instaurarse. Esto se debe a que el gusto de los individuos se modifica, se transforma, se refina en el transcurso de las trayectorias vitales, y puede llevar al fin de un vínculo amoroso por dos motivos: ya sea porque el gusto individual evolucionó y el objeto de amor ya no es satisfactorio, bien porque las preferencias de cada uno han divergido y el espacio de consumo compartido que sostiene la unión deja de existir (Illouz, 2020), o bien porque la aceleración social (Rosa, 2016) en la que se encuentran sumergidos hace que sus caminos corran por direcciones diversas.

Más allá de la familia nuclear heterosexual

Las numerosas modificaciones sobre la familia que estamos recorriendo a lo largo de estas líneas nos permiten advertir sobre la inestabilidad y la polisemia que presentan hoy en día conceptualizaciones como familia nuclear, matrimonio, relación amorosa, maternidad y paternidad. Estas transformaciones pueden ser vistas como resultado de las necesidades del capitalismo en sus distintas etapas, pero no siempre se han visto acompañadas de modificaciones en los roles que ocupan sus protagonistas. Si bien en el presente existen familias nucleares heterosexuales en las cuales el varón es el encargado de llevar a cabo el trabajo doméstico y de cuidados, este trabajo continúa siendo invisible y poco valorado. En la medida en que esta situación no cambie, los amos de casa contarán con los mismos problemas que las amas de casa han atravesado a lo largo de las décadas: falta de reconocimiento y baja autoestima (Beck y Gernsheim, 2001).

A su vez, los varones, que históricamente han respondido a modelos de masculinidad hegemónica regidos por la sexualidad como impulso irrefrenable y por una falta de expresión de su emocionalidad, se encuentran atravesando algunas modificaciones en esos mandatos. Sus compañeras amorosas comienzan a ser tenidas en cuenta, así como también sus demandas de igualdad. El inconveniente que se encuentra es que la igualdad

entre los géneros supone un retroceso para ellos: se reducen sus posibilidades de ascenso en el mundo laboral —ya que las mujeres ahora son pares competidoras—, aparece el balance entre la vida privada y la profesional como un factor a tener en cuenta —siempre y cuando estén dispuestos a compartir los cuidados familiares— y la carga de trabajo doméstico aumenta —al menos teóricamente, en términos de demanda— (Beck y Gernsheim, 2001). Si bien esto pareciera acarrear consecuencias únicamente negativas para los varones, en tanto los estereotipos asociados a la masculinidad ponen en primer plano el éxito económico y laboral, también asoman por el horizonte aspectos positivos, como el aumento en su autonomía emocional y la posibilidad de experimentar de manera independiente.

Beck y Gernsheim (2001) consideran que es deseable contar con alternativas alcanzables para resolver este tipo de conflictos entre dos personas que quieren combinar dos trayectorias laborales y familiares de manera igualitaria, mientras se continúa luchando por alivios institucionales. Dichos problemas surgen por las posibilidades múltiples de elegir, por los acuerdos diversos a los que cada pareja puede llegar, sin un apoyo externo a la familia que permita aliviar la carga de estas decisiones. En ese sentido apuntan las demandas de desfamiliarización del trabajo reproductivo, reclamando que el Estado, la comunidad y el mercado absorban la mayor parte posible del mismo.

Sin embargo, considero que es necesario no perder de vista que la división del trabajo en esferas separadas lleva en su propio seno la inequidad en su distribución. Es decir que estos conflictos, aparentemente privados, no pueden ser zanjados al interior de las familias nucleares heterosexuales. A su vez, el hecho de que estos problemas sean sociales, y no privados, no les quita el carácter desigual. Bajo el manto del amor, bajo la promesa de la compañía y de la evitación de la soledad que traen la familia nuclear, el matrimonio, la maternidad y la paternidad, se esconde la frialdad y la injusticia de las relaciones entre los géneros (Beck y Gernsheim, 2001). Es así que el intercambio de roles, o bien la redistribución de las tareas entre el varón y la mujer, sólo decantarán en un intercambio o en una redistribución de desigualdades si no se transforma la familia tal como la conocemos.

Es en esta dirección que las familias que no se ajustan a la heteronormatividad y a la monogamia ofrecen alternativas para pensar en otros modelos de familia posibles. Las instituciones de la modernidad atrapan, rigidizan al yo. Estas instituciones se encuentran atravesadas por las relaciones de género y de clase, en tanto se configuran socialmente distintas expectativas, deseos e ilusiones según estas variables (Illouz, 2012; Lewis, 2023). Si bien el amor heterosexual contiene, refleja y amplifica este atrapamiento del yo en dichas estructuras, las relaciones por fuera de la heteronormatividad permiten delinear otras maneras, otros deseos, otras expectativas. Incluso las parejas no monogámicas —que resultan una novedad para las personas heterosexuales pero dentro del colectivo LGBTQ+ son habituales hace varias décadas— pueden habilitar maneras más

democráticas de compartir la carga de trabajo pago y no pago: la realización de las compras, el arreglo de los artefactos del hogar, el lavado de la ropa, la crianza de menores y el cuidado de mayores, entre otras, representarían un trabajo mucho menor si estas tareas fuesen compartidas por una mayor cantidad de personas. Es decir que, cuando los miembros de un vínculo no se ciñen a los roles de género tradicionales, la puerta para la creatividad se abre.

En ese sentido, distintas autoras feministas como hooks (2021, citada en Fraga, 2022), Hennessy (2013) y Lewis (2023), llaman a repensar el ideal de la familia nuclear, reconociendo que su primacía es producto de la modernidad. En su lugar, proponen recuperar otros modelos de familia anteriores: familias extendidas, comunidades, lazos amistosos, donde los vínculos con otros no representaban una carga, una constricción ni una atadura, sino que trabajar por ellos formaba parte de la vida en comunidad. Para ellas, el amor que una persona recibe en su infancia —tanto en términos de calidad como de cantidad— define cómo se vinculará en su vida adulta. En particular en el marco del contexto individualista, competitivo y egoísta que caracteriza a la posmodernidad, es fundamental hacer un llamamiento para que todas las personas —aunque sobre todo las más vulnerables— reciban amor de distintas maneras. De esta forma, será posible transformar las decisiones y las formas de vivir y de vincularse, en camino hacia un modelo más comunitario, que refuerce los vínculos entre las personas.

Desde los feminismos se sostiene hace varias décadas que “eso que llaman amor, es trabajo no pago”¹¹ para cuestionar la familiarización del trabajo reproductivo. Y si bien es indiscutible que miles de personas —sobre todo, mujeres cis y otras identidades feminizadas— realizan este tipo de tareas en el marco de los hogares a cambio de ninguna paga, considero que también el amor cumple un rol fundamental en la resolución de los cuidados. Pero no sólo justificando con amor el involucramiento en estas tareas obligatorias e ineludibles —como ya ha sido señalado de sobra—, sino, además, dando un sentido materialista al amor (Hennessy, 2013): pensando al trabajo reproductivo como un acto que une a las personas, que ayuda a la organización comunitaria, que aboga por mejorar la calidad de vida de las personas y que pone de relieve la interdependencia que es intrínseca a las relaciones humanas. De esta forma, el trabajo reproductivo puede funcionar como vehículo a contramano de las relaciones negativas de la postmodernidad, reforzando los afectos y los motivos que nos unen a otros.

Para Lewis (2023), amar a alguien implica que estamos dispuestos a luchar por su completa inmersión en los cuidados, así como por su autonomía. En el primer aspecto, la total dependencia de los niños de la familia nuclear supone que se les limita a recibir cuidados de, como mucho, ese único par de personas, sometiéndoles a una lotería en la que muchos salen perdiendo. En el segundo aspecto, el abocamiento de una persona a los

¹¹Esta demanda, retomada por Silvia Federici y que continúa haciendo eco en los feminismos hoy en día, formó parte originalmente de la ya mencionada Campaña por un Salario para el Trabajo Doméstico, dirigida por Dalla Costa, James y Federici, entre otras.

cuidados limita su participación en otras esferas de la vida, confinándole a un espacio y a un rol que es agotador. Es decir que la familia nuclear no está realizando un buen trabajo en lo que refiere a garantizar relaciones amorosas, por lo cual Lewis (2023) llama a su abolición. Las relaciones de parentesco, tal como las conocemos en occidente en la modernidad, solamente han generado y profundizado desigualdades de género y de clase social, en términos de oportunidades de vida, de deseos y de trayectorias materialmente asequibles. A su vez, han coartado las libertades de las infancias, convirtiéndolas en propiedad de la familia nuclear. En su lugar, las relaciones amistosas, de compañerismo, comunitarias —o tengan el nombre que en un futuro se pueda imaginar— ofrecen un margen mayor para el desarrollo personal y colectivo, y alivian la carga del trabajo reproductivo, en tanto se hace hincapié en que todes necesitamos tanto dar como recibir cuidados. Y qué mejor manera de hacerlo que cuidando y siendo cuidados por la mayor cantidad de personas posible.

A modo de cierre

Nuevos arreglos familiares, de pareja, matrimoniales, de xaternidad, pueden ser delineados, sin que la negociación, la definición y el acuerdo entre las partes impliquen necesariamente algo negativo. La contracara que ofrece la individualización es la posibilidad de marcar caminos distintos, de vencer los límites de lo conocido para aventurarse en formas familiares y vinculares más democráticas y realmente libres. Es decir, no libres de consumir en el mercado amoroso, sino que fomenten la autonomía y el reconocimiento de las personas.

En primer lugar, parece fundamental el reconocimiento y la valoración del trabajo reproductivo. Cinco décadas después, las demandas de un salario para el trabajo doméstico (Dalla Costa y James, 1975) no suenan anacrónicas. Las estrategias que permitan desfamiliarizar el trabajo doméstico y de cuidados por la vía estatal, privada o comunitaria, tampoco. Una vez que la demanda de cuidados pueda ser resuelta de manera colectiva, el género y la clase social de quienes realicen cualquier tipo de trabajo serán irrelevantes. Y una vez que la participación del trabajo productivo y reproductivo pueda ser elegida, o al menos puedan ser negociados democráticamente los términos en los que cada quien quiera involucrarse, los vínculos familiares y de pareja podrán considerarse realmente amorosos, en el sentido que plantean Beck y Gernsheim: en tanto el amor y la igualdad puedan convivir en una misma relación.

En ese sentido, las demandas socio-políticas para que el trabajo reproductivo pueda ser repartido entre el Estado, la comunidad y el mercado pueden traer ciertos avances, como el alivio de las unidades familiares de ese gran peso, la posibilidad pensar en vínculos que no estén basados en desigualdades de género —como presupone la división sexual del trabajo en el capitalismo—, que incluyan a los varones heterosexuales como

potenciadores de su propia autonomía emocional, que no contengan una definición de las personas como objetos a consumir —y, por lo tanto, a descartar, cuando el gusto y el deseo apunten hacia otro lado—, en los que todas las personas que participan de las relaciones puedan elegir, o al menos negociar, los términos de las mismas —más allá de su género y de su clase social—.

En segundo lugar, sin embargo, quisiera destacar una vez más, que el amor y la desigualdad se excluyen. Para pensar nuevas formas de amor por fuera de los modelos conocidos, podemos apoyarnos en otros que se enmarcan más allá de las fronteras de la familia nuclear heterosexual, en tanto las variantes que ésta ofrece no parecen ser igualitarias. Las demandas de las mujeres por más igualdad suponen que los varones deben ceder terreno. Y si bien algunos de ellos comulgan, al menos de palabra, con estas ideas, la evidencia empírica sugiere que la mayoría no está dispuesta a compartir los privilegios ni a dividir la carga del trabajo reproductivo y productivo. O, tomando la metáfora de Beck y Gernsheim (2001), muchos varones heterosexuales piensan que pueden comer el pastel dos veces. Asimismo, podría pensarse análogamente en la clase social: por más que les amantes quieran ignorar sus diferencias de clase, el gusto, el *habitus* y los espacios por los que transitan se ponen en juego a la hora de elegir una pareja. En los términos en los que hoy en día se conciben las relaciones amorosas en el capitalismo post industrial en occidente, es decir, como lugar de consumo compartido, las desigualdades de clase social parecen difíciles de ignorar. Y, lo que es más, cabe preguntarse si es deseable ignorarlas, en tanto entrañan también relaciones de desigualdad. Es entonces que sería interesante imaginar alternativas que ofrezcan beneficios para todas las personas, trascendiendo las barreras de género y de clase social.

En ese sentido, no podemos pensar en lo individual y en lo social de manera separada. Durante muchísimos años se promovió el modelo de la familia nuclear heterosexual como horizonte de felicidad, junto con los deseos, las ilusiones y las esperanzas individuales que trae aparejadas. Sin embargo, es difícil considerar estrictamente que las relaciones matrimoniales heterosexuales involucren amor, en los términos en los que nos proponen pensar Beck, Gernsheim y Lewis, en tanto las desigualdades de género entre mujeres y varones no pueden ser evitadas. Este conflicto entre los modelos, los roles, las expectativas sociales y las vivencias individuales no puede ser fácilmente zanjado, como ya hemos dicho. Por un lado, las personas desean sostener una relación entre dos pares, entre iguales, sin importar el género. Pero, por otro lado, los roles de género se performan en las propias relaciones amorosas.

Si entendemos, junto con Sophie Lewis (2023), que la familia nuclear heterosexual es el nombre que recibe el hecho de que los cuidados estén privatizados, parece, más bien, momento de ofrecer nuevas alternativas. Eso implica que estemos dispuestos a involucrarnos en un largo juego de transformación estructural, que priorice formas de organización colectiva, de distribución de las tareas domésticas y de cuidados basadas en relaciones

más allá del parentesco. Éstas permitirían una mayor capacidad de negociación y de creación de nuevos roles, nuevos deseos, nuevas expectativas, donde cada persona y cada grupo puedan alcanzar su autodeterminación — positivamente, no como en el capitalismo postindustrial—, dejando atrás las relaciones negativas, para dar paso a otras que realmente apunten a conseguir la libertad y la realización del yo. De esta manera, los vínculos no serían vistos como promesas para huir de la soledad, sino que serían elegidos por su potencia para construir colectivamente, basándose en los afectos, la interdependencia, la compasión y el compartir.

Referencias bibliográficas

- Aguilar, P. (2014). *El Hogar como problema y como solución. Una mirada genealógica de la domesticidad a través de las políticas sociales, Argentina 1890-1940*. Buenos Aires.
- Beck, U. y Gernsheim, E. (2001) [1990], *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*, Paidós, Barcelona.
- Beck, U. y Gernsheim, E. (2012) [2011], *Amor a distancia. Nuevas formas de vida en la era global*, Paidós, Buenos Aires.
- Carneiro, S. (2003). *Ennegrecer el feminismo*. Presentación en el Seminario Internacional sobre Racismo, Xenofobia y Género, en Durban, Sudáfrica, 27 y 28 de agosto de 2001.
- Dalla Costa, M. y James, S. (1975). *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*. México.
- Davis, A. (2005). *Mujeres, raza y clase*. Ediciones Akal.
- De Oliveira, O. y Ariza, M. (1999). Trabajo, familia y condición femenina: una revisión de las principales perspectivas de análisis. *Revista Papeles de Población*, 5, 20, pp. 89-127. Toluca, México.
- Esping-Andersen, G. (2000). *Fundamentos sociales de las economías post-industriales*. Barcelona: Ariel.
- Federici, S. (2013). La reproducción de la fuerza de trabajo en la economía global y la inacabada revolución feminista. En *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Goldberg, A. (2013). "'Doing" and "Undoing" Gender: The Meaning and Division of Housework in Same-Sex Couples". *Journal of Family Theory and Review*, 5, 85-104.
- Fraga, E. (2022). El legado de Bell Hooks. Estética oposicional y ética del amor. *Revista Entramados y Perspectivas*, 12.
- Fraser, N. (2016). Las contradicciones del Capital y los cuidados. *New Left Review*, 100.
- Gómez Rojas, G. (2009). *Estratificación social, hogares y género: Incorporando a las mujeres*. Tesis de Doctorado no publicada. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales. Gómez Rojas, G., Borro, D. y Jasín, S.

Formas de división del trabajo no remunerado en hogares urbanos argentinos. Transformaciones y persistencias a raíz de la pandemia por COVID-19. *Entramados y perspectivas*, 12 (12), pp. 171-201.

Hennessy, R. (2013). *Fires on the border*. University of Minnesota Press, Minnesota.

Hochschild, A. (2008). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Katz.

Illouz, E. (2012) [2011], Por qué el amor duele. Una explicación sociológica, Katz, Buenos Aires.

Illouz, E. (2020) [2018], El fin del amor. Una sociología de las relaciones negativas, Katz, Buenos Aires.

Jeffreys, J. (2009). *The industrial vagina*. Routledge.

Lewis, S. (2023). *Abolir la familia*. Traficantes de sueños, Madrid.

Rodriguez Enriquez, C. (2014). El trabajo de cuidado no remunerado en Argentina: un análisis desde la evidencia del Módulo de Trabajo no Remunerado; Equipo Latinoamericano de Justicia y Género; Documentos de Trabajo "Políticas públicas y derecho al cuidado"; 2; 2-2014; 1-24.

Rosa, H. (2016). *Alienación y aceleración: hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Katz.